

JUAN RIVANO. *EVOCACIONES*. 685 PÁGS. SANTIAGO DE CHILE, 2022: EDICIONES TÁCITAS.

Martín Ignacio Molina Suárez¹

Pontificia Universidad Católica de Chile

La presente reseña no podía conducirse por los cauces comunes que siguen los textos de la misma especie, pues esta obra de Rivano no lo permite. *Evocaciones* no tiene una introducción, un desarrollo, un final; no posee una estructura que muestre a quien reseña la dirección por la que deba dirigirse. El lector se enfrenta a párrafos que contienen lo que parecen ser las memorias del autor, distribuidos por años que van desde 1927 (un año después del nacimiento de Rivano) al año 2009, en el más completo desorden, es decir, sin cronología. Por la misma razón, tal vez, nos hallamos ante un libro de lo más rico en sus posibilidades interpretativas, algo muy propio de la obra completa del filósofo chileno.

En efecto, la lectura de *Evocaciones* puede resultar útil al historiador interesado en la cultura y el estudio de las mentalidades, pues encontrará las memorias de un filósofo y escritor chileno que vivió entre los años 1926 y 2015; que sufrió los rigores de la pobreza en su juventud; que estudió en una escuela nocturna y, luego, Matemáticas y Filosofía en la Universidad de Chile; que se convirtió en profesor universitario en la misma casa de estudios y en la Universidad de Concepción, cumpliendo un rol no despreciable en la denominada “Reforma Universitaria”; que padeció persecución, encarcelamiento, destitución, confiscación y exilio a causa de la dictadura militar; que continuó su labor docente en Suecia, para acabar sus días en ese país, visitando con cierta regularidad Chile, tal como deja registro en sus *Diarios del exilio y del retorno* (Ediciones UDP, 2021). En suma, el historiador interesado encontrará una descripción profunda, hábil y reflexiva, en notable prosa, del ambiente y los eventos políticos, sociales e intelectuales que se vivieron en Santiago de Chile (también, aunque en menor medida, del sur del país) durante el siglo XX.

Resulta, entonces, más o menos plausible la consideración que podría merecerle a un historiador la lectura y análisis de *Evocaciones*. ¿Cabría decir lo mismo para los estudios filosóficos? ¿Qué importancia podría tener para la filosofía la lectura de un texto que solo parece contener las memorias de Juan Rivano? A mi juicio, hay dos grandes aspectos que merecen atención para el estudioso de filosofía (al menos, para el nacional. El mismo Rivano asumía humildemente: “¿Dónde, si no es en Chile, van a importar [mis publicaciones], si es que importan?” (p. 564,

¹ Programa de Licenciatura en Filosofía. E-mail: mimolina2@uc.cl.



año 2001)). En primer lugar, un estudio que no se reconozca diletante sobre la historia de la filosofía chilena no puede dejar en silencio el pensamiento de Rivano. Así, no creo que su especial predilección por Diógenes (sobre el que escribió un libro en el año 1991) haya surgido de pura casualidad; antes bien, encontró a muchos como Diógenes en los suburbios de Santiago (¿acaso no los vemos todavía nosotros?), hallándolo también en sí mismo y su humilde origen. ¿Las pruebas? Léase *Evocaciones*: “La única moral que entiendo, y solamente a medias, es la moral de Diógenes: no hay hombre que no sea un canalla” (p. 505, año 1950); “Si tomara en serio a mi Diógenes, pero bien en serio, no hubiera perdido mi tiempo escribiendo largo y pedantesco” (p. 585, años 1949-54); “En esta tarea [recolector de latas y botellas] pasé muchos malos ratos: desprecio de los demás y vergüenza suma de mi parte. Tal como lo exige Diógenes” (p. 590, año 1991); “Por Diógenes, mis miserias materiales me resultan livianas y hasta ridículas” (p. 595, año 1985). Lo anterior, es una cuestión no menor si se pretende comprender el pensamiento de Juan Rivano, pues hasta sus contradicciones políticas personales las resuelve en favor del “contacto con los miserables” (p. 21, año 1964). Por eso, se concibe a sí mismo como un pobre diablo que “va desde la acera a los altos de la filosofía y que una vez allí pugna por traer a la filosofía a su lugar: la acera” (p. 111, año 1936).

La miseria será para Rivano un punto de partida para hacer filosofía, incluso para describir la relación entre Latinoamérica y Europa. En sus *Evocaciones* hay reflexiones como estas: “para la gente de Europa lo mismo da que existamos o no” (p. 159, año 1957); “También decían mis compañeros, dejándome de una pieza: «Filosofía-en-lata, traída de Europa». Y pasada de tiempo” (p. 216, año 1954). Incluso atribuye, en parte, el suicidio de un brillante alumno suyo el haber ido a Europa “para darse cuenta de que allí no contamos para nada” (p. 398, año 1969). Estas reflexiones íntimas sin duda ayudan a entender el trasfondo que alimenta su reflexión sobre la posibilidad de una filosofía latinoamericana (*El punto de vista de la miseria*, Universidad de Chile, 1965) en cuanto filosofía de la acción que se haga cargo de la situación humana frente al hambre, la enfermedad, el abandono, la injusticia social, la humillación, el desprecio; en suma, la miseria propia y de los otros.

No solo Diógenes ocupa la mente de nuestro filósofo. Rivano estudió con gran profundidad e inclinación a Francis Herbert Bradley (de hecho, la única traducción al español de su obra más importante fue realizada por el filósofo chileno: *Apariencia y Realidad. Ensayo metafísico*. Ediciones de la Universidad de Chile, 1961) y así lo describe en *Evocaciones*: “caminaba por todas las escuelas del pensamiento en un progreso hacia la experiencia absoluta. Ni Hegel me hubiera conducido mejor” (p. 347, año 1957). Rivano se reconoce a sí mismo –y con justo motivo– como un iniciador en Chile de los estudios sobre Bradley, en tiempos en

que la academia chilena estaba entregada al estudio del pensamiento de Husserl y de Heidegger, respecto de los que Rivano fue bastante crítico. Su descripción en *Evocaciones* de sus amistades y conflictos con otros filósofos chilenos, como Humberto Giannini (cuya disputa sobre el argumento ontológico inmortalizada por este en su obra *Desde las palabras* no recuerda Rivano “por vergüenza” (p. 240, año 1985)), Félix Schwartzmann, Gastón Gómez Lasa, Carla Cordua, Roberto Torretti (*requiescat in pace semper*), entre otros, también resulta de enorme provecho.

Hay un segundo aspecto por el cual considero que *Evocaciones* es de interés filosófico. ¿Por qué escribió evocaciones y no confesiones?, ¿por qué no otro diario de vida como los que ya había hecho? Resulta de máxima importancia intentar comprender este ejercicio *evocativo*, pues si la memoria resulta de lo más problemática como fuente de conocimiento histórico (siendo sometida a examen riguroso por el historiador), ¿acaso no ocurre algo distinto en filosofía? El propio Rivano da algunas pistas sueltas cuando recuerda el tratamiento que Agustín de Hipona hace sobre la memoria en sus *Confesiones*, especialmente aquel ejercicio que Agustín hizo con su amigo, recitando la *Iliada* al revés, verso por verso. Rivano se pregunta: “¿podrá uno lograr algo que se parezca yendo de paso en paso hacia su pasado?” (p. 12, año 1951). Sin duda, este es el ejercicio de memoria que Rivano se propone realizar y esta es la razón por la que escribe sus *Evocaciones* en la medida que va recordando y en la medida que su memoria le asalta sorpresivamente con un recuerdo. Por eso, el texto salta de un año a otro, hacia el pasado y, desde allí, hacia el futuro y, luego, hacia el pasado otra vez. Rivano no solo evoca vivencias, sino que también canciones, chistes, citas y libros. Incluso realiza una analogía entre su ejercicio *evocativo* y el descubrimiento de la piedra de Rosetta que formaba parte entonces del relleno de un muro en Egipto: “así me ocurre a mí con mi memoria, llena de tanta basura, pero de trecho en trecho, ¿una piedra de Rosetta!” (p. 18, año 1936). Ningún recuerdo-basura se desprecia, pues él puede conducir al recuerdo de uno valioso.

El carácter genuino del ejercicio de memoria que realiza Rivano queda demostrado por el hecho de que muchas veces escribe sobre recuerdos que ya ha evocado. Más aún, cabe sostener que la memoria ocupa un lugar central en esta obra: no por nada describe la aversión de Lutero por el sacramento de la confesión a causa de la imposibilidad de recordar todos los pecados cometidos (p. 50, año 1954); y la afirmación de Descartes de que, si olvidaba la prueba de una proposición, confiaba a la memoria la existencia de tal prueba (p. 51, año 1952). ¡Si hasta evoca el chiste del diablo que se entera de la existencia de un niño que lo supera en memoria! (p. 53, año 1957).

Pero ¿cuál es el método que rige *Evocaciones*, si es que tiene alguno? Ya lo dice Rivano: “todos estos recuerdos voy escribiéndolos así como quedaron en mi



memoria y como siempre los recuerdo y vuelvo a recordar” (p. 157, año 1999). Para el filósofo chileno, todos los recuerdos que evoca y escribe, por insignificantes que sean, significan, por razón de la evocación misma, algo en el trayecto de su vida (p. 158, año 1999), algo durante su andar en el mundo (p. 371, año 1999). Me parece que, en este sentido, el ejercicio *evocativo* de Rivano se asemeja –además de las *Confesiones* de Agustín de Hipona, como ya se señaló– al realizado por Montaigne en sus *Ensayos* (quien también fascinó al filósofo chileno y sobre quien escribió una obra en el año 2000). En efecto, Montaigne desea mostrarse en su manera de ser sencilla y común, pues él mismo es el contenido de su obra. Eso no significa que la forma de *Evocaciones* sea aquella de las *Confesiones* de Agustín o de los *Ensayos* de Montaigne, a pesar de ser ejercicios de la memoria los tres, que parten desde un momento del yo, consciente de lo que rememora y de sí mismo, hacia lo que recuerda de su propio pasado. Mientras las *Confesiones* consisten en una alabanza a Dios y una confesión que hace el yo de sus propios pecados cometidos en el pasado, y los *Ensayos* atienden a lo que sabe el yo que recuerda, las *Evocaciones* tienen un objeto más amplio y, a su vez, más simple: analizar todo lo que se recuerda, por más insignificante que sea el recuerdo. Rivano no cree que los recuerdos que asaltan la memoria espontáneamente sean fruto del mero azar, aunque sean recuerdos que provengan del estercolero de la mente, pues por el solo hecho de que se recuerden se sigue su significancia durante el andar del yo por el mundo.

Si cabe algún espacio entre las universalmente apreciadas obras de las *Confesiones* y los *Ensayos*, podríamos dárselo a las *Evocaciones*. Después de todo, como el mismo Rivano reconocía humildemente, ¿dónde, si no es en Chile, va a importar esta obra, si es que importa?